

El Río Coatzacoalcos

"Este lugar era muy rico, había mucho de qué mantenerse"

Eduardo Lliteras Sentiés

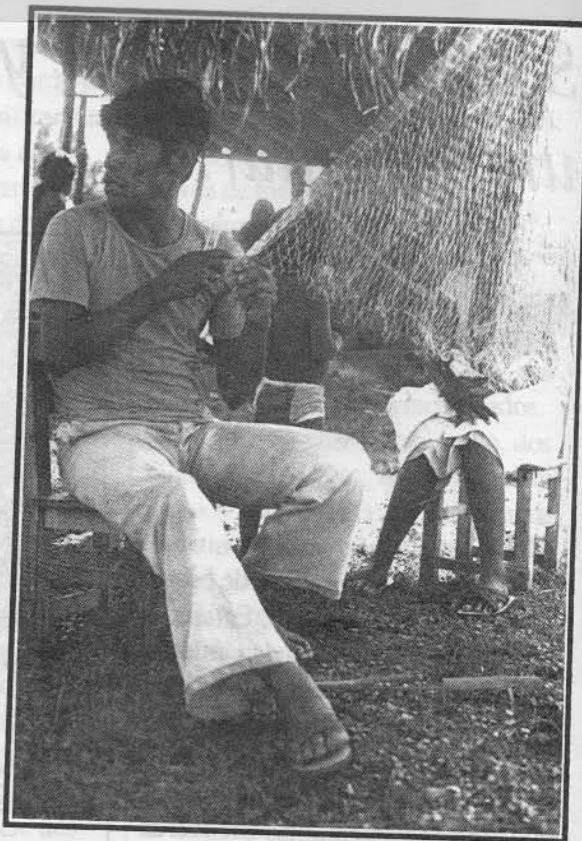
Sólo girones. Las hilachas de una silueta fantasmal que se esfuma como la bruma tragada por el sol tropical. Así se evapora y se pierde para siempre el colorido de un Coatzacoalcos que ya sólo transita en la memoria de los muertos. Esta región del sureste del país fue contemplada con admiración y sorpresa por innumerables viajeros que nos legaron descripciones llenas de vida y de poesía sobre el Río Coatzacoalcos, como la siguiente del francés Charles Brasseur:

"Desde el centro del río, ya sumergido en la sombra, se distinguen los últimos rayos del sol dorado, la cima rodeada de árboles, y desde el extremo opuesto se veía emerger la luna, cuyos haces luminosos cruzaban los claros del bosque. A las emanaciones cálidas y perfumadas de la noche que pesan en la atmósfera, después de la caída del día, sucede una brisa ligera que ondula en el follaje. El río, en este momento, es de una solemnidad inmensa, mezclada con ese encanto misterioso que hace vibrar todas cuerdas del alma, e iluminado por el resplandor de las estrellas y de los rayos de la luna presenta efectos de luz sobre cuya belleza difícilmente podría describir." (1)

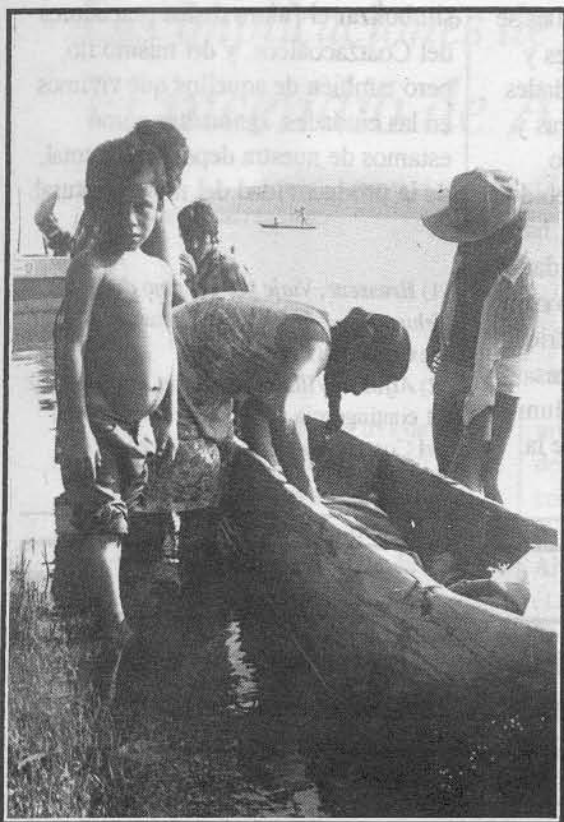
El panorama del Río

Coatzacoalcos ha mutado vertiginosamente a lo largo de todo este siglo. Se ha industrializado, y la extracción de petróleo ha jugado el papel principal en el dibujo de la nueva faz de esta región. Según constata la prensa

nacional, a lo largo del año 1992, se han reportado "once contingencias ambientales en la cuenca del Coatzacoalcos", entendiéndose por esto situaciones de extrema emergencia debido a "accidentes" o negligencias en el manejo de sustancias que forman parte de alguno de los procesos de producción de la industria asentada en esta área. El último caso de importancia que ocurrió el año pasado sucedió el día 12 del mes de octubre, en que "una fuga en el combustoleoducto de 14 pulgadas Minatitlán-Nanchital-Pajaritos, según reporte de la parte oficial, vertió aproximadamente 140 m³ de producto equivalente a 900 barriles o 900 mil litros".(2) A estos casos "excepcionales" hay que añadir las descargas continuas que realiza la industria y los asentamientos humanos, de sus aguas residuales sin tratar directamente en el río. Si bien cada día se cobra más consciencia de que la contaminación significa un deterioro (de magnitud diversa) en la calidad de vida de las poblaciones, aún no se valora adecuadamente lo que significa un medio ambiente sano y limpio que provee los elementos básicos para el desenvolvimiento de la vida humana. El Coatzacoalcos, catalogado como una de las zonas más contaminadas del país, al grado de haber sido reconocida como una zona "de alta prioridad para el rescate ecológico",



por las autoridades, es asentamiento de poblaciones que, a través de las generaciones, se han dedicado a la pesca. Sin embargo hoy en día la pesca ha descendido a niveles misérrimos y en no pocos casos se reportan especies prácticamente desaparecidas, como lo han constatado investigaciones realizadas por el extinto CECODES. En boca de los miembros de la Union de Pescadores Ribereños de la Isla de Capoacan, la pesca ya no sólo ha decrecido sino que lo que se pesca suele tener un fuerte olor y sabor, según lo reconocen, a benzeno. La Isla de Capoacan -voz náhuatl que denota tierra de mojarra, según cuenta un viejo pescador del lugar- se encuentra ubicada en una zona inundable en la margen opuesta a la ciudad de Minatitlán, a donde se llega a bordo de unas lanchas que lo cruzan a uno por la cantidad de 500 viejos pesos. El trayecto más corto es del malecón de Mina a la isla. Capoacan, realmente es una península entre ríos caudalosos delimitada por los ríos Coatzacoalcos, Uxpanapa y el



Coachapa. Estos últimos afluentes del Coatzacoalcos. Fue asentamiento del primer pozo petrolero perforado por la compañía "El Aguila" en la región, en el año de 1906, ubicado a unos 18 km al sureste de Mina, en el campo San Cristobal. Hoy en día, en Capoacan viven (según el último censo) 712 personas de las cuales 81 son pescadores registrados en la Unión de Pescadores de la Isla, además de los permisionarios libres que no suman más de tres. Como cuentan los viejos del lugar, con anterioridad la isla estaba apenas poblada por unas cinco o seis familias de pescadores - "los García, los Camacho, los Magarino, los Mayo, los Facundo, los Linares, la mama de Laura Carrillo..."-, poco a poco se fue poblando primero de gentes también dedicadas a la pesca y después de personas ya vinculadas a la economía urbana e industrial. Hoy en día, el caserío de techos de palma, muros de láminas (que corroen el humo ácido de la refinería), o de cartón, de casas de madera o material (las menos, entre las cuales sorprendentemente

sobresale un hongo parabólico), se extiende frente al malecón de Mina y más allá de los ruidos y humos de la refinería. Las calles de terracería, donde juegan chiquillos entre moscas, cerdos que comen el lirio acuático, perros, gallinas y guajolotes, suele oler a las emanaciones que producen las aguas del servicio doméstico.

Carentes del servicio municipal de basura se usan letrinas rústicas, la mayoría de las veces para atender las necesidades básicas. El agua potable hay que comprarla en Mina. La luz introducida a iniciativa de ellos

mismos hará unos 20 años, es quizás el único "beneficio" aportado por el mundo moderno a estas comunidades, al igual que una caseta telefónica, un jardín de niños, una telesecundaria, y una tienda CONASUPO hoy denominada Solidaridad.

La explosión demográfica es un fenómeno asociado a la vertiginosa expansión industrial que se ha vivido en la zona en el último siglo, constituyéndose un área conurbada que comprende las ciudades de Coatzacoalcos-Minatitlán-Cosoleacaque, con toda la problemática inherente al hacinamiento, la carencia de servicios, miseria y contaminación. La economía de los pescadores sufrió un embate catastrófico, como ellos mismos atestiguan a raíz de que la productividad del Coatzacoalcos ha decrecido. Especies antes comunes y abundantes, de extraordinarias cualidades en cuanto sabor, peso y color, tan propias del trópico mexicano han casi desaparecido del río en algunos casos y en otros por completo. Así, según los pescado-

res, el robalo, el chucumite, la cherna, el pargo, la mojarra negra, la colorada, sólo por casualidad se pescan en estas aguas y con frecuencia se encuentran olorosas a benceno. De los lagartos, manatíes, delfines, toninas, peces espadas, sábalos, tortugas (blanca, tres lomos, galápago, pinta, etc.), ya no hay nada, "bueno ya ni siquiera tiburones", que antes eran abundantes, dice Alonso León Nieves, un viejo de más de 100 años que caminaba en la terracería jalando de un puercito remolón. "Este lugar era muy rico, había mucho de que mantenerse". La jaiba azul, el camarón negro, el camarón blanco, también escasean, cuando antes "con sólo meter la naza se sacaban montones". Para los pescadores "la contaminación comenzó a sentirse fuerte" desde hace unos diez años a la fecha, y lejos de disminuir aumenta, por lo que aconsejan y procuran que sus hijos no se dediquen más a esta actividad, que "no tiene futuro". Sin embargo, ya en 1913 hubo quien se quejara de la contaminación en el río Coatzacoalcos de esta manera: "Desde hace muchos años que todos los habitantes de estas comarcas (Minatitlán y Coatzacoalcos) nos servimos del río Coatzacoalcos ya sea para coger el agua de nuestras necesidades, ya sea para que los animales la tomen, pero ahora es imposible servirse de estas aguas porque están completamente inservibles por el estado en que se encuentran, por el aceite, unido con el petróleo que lo trae consigo". En la memoria de los pescadores ya maduros se recuerda efectivamente que el "chapo derramado por las barreras que lo acarrearán, se derramaba embadurnando las orillas, a nosotros mismos y matando la vegetación".

Con la baja de productividad de las aguas del Coatzacoalcos, los pescadores han tenido que buscar otras opciones para lograr la subsistencia diaria. "Ya ni los gastos se sacan",

comentan con amargura estos hombres nervudos y tostados por el sol tropical. Cada día hay que ir más lejos aguas arriba del río para lograr capturar algo de pescado que no este contaminado. Hay especies como el pez bobo que viven en los arroyos y lagunas de río arriba y es cuando el pez viene a reproducirse que se captura. Son más de diez horas en lancha para llegar a los lugares aun adecuados para pescar esta especie, sin embargo las cantidades que se capturan muchas veces no logran ni siquiera costear los gastos de gasolina, comida y avíos de pesca.

Aqui hay que agregar que surgen problemas con los ejidatarios de estas zonas, que no les permiten pescar en aguas que consideran de su propiedad. A la acción destructora de décadas de contaminación, hay que sumarle la presión creciente sobre un recurso mermado, de una población que ha aumentado vertiginosamente y que busca sobrevivir, aunque ello conlleve en muchas ocasiones pescar a los miembros jóvenes, y de las cuales depende la reproducción y mantenimiento de las especies.

Ya sea que alguno logró comprar algunas cajas de refresco y las vende, que otro puso una diminuta abarrotera o una cantina en su casa, entre los más afortunados; o también los que trabajan como jornaleros agrícolas, o realizan chambas informales, sea como albañiles o cargando y desbrozando, etc., es de esta manera y de lo que bien que mal logran aún obtener del río que estas gentes logran sobrevivir. A muchos, los hijos ya crecidos los ayudan laborando en Mina, en las tiendas, y los más afortunados en la industria, tal vez en Pemex, que en últimas fechas realizó recortes de personal al igual que las azufreras y Fertimex que han cerrado por un proceso de reconvención industrial.

Cuando se camina por las calles de Mina, uno se pregunta a dónde fueron a parar las fortunas extraídas a lo largo

del siglo, de las selvas que infinitas se perdían a la vista, de los animales y peces que en cantidades y variedades sorprendentes poblaban sus tierras y aguas, y a fin de cuentas de tanto petróleo extraído que además debido a la irresponsabilidad y ambición, ha aniquilado la belleza y la capacidad productiva de un río majestuoso como el Coatzacoalcos. Las redes pudriéndose bajo un sol nublado, por masas de humos que se elevan cual columnas, sosten del *modus vivendi* de la sociedad urbana actual, parecen

simbolizar el futuro de los pescadores del Coatzacoalcos, y del mismo río, pero también de aquellos que vivimos en las ciudades, ignorantes como estamos de nuestra dependencia total, de la productividad del mundo natural.

(1) *Brasseur, Viaje por el Istmo de Tehuantepec*, 1859-1860, Lecturas mexicanas 18, México 1981.

(2) *Alfonso Villalobos Alafita*, corresponsal: 11 contingencia ambientales en la cuenca del Coatzacoalcos, *El Financiero*, 27-X-92. ☉

¿Sabe usted que fue detenido un embarque con desechos contaminantes dirigidos a nuestro país?

Sin duda una de las condiciones que impone la sociedad actual a la mujer y hombre modernos, es la necesidad de estar informados para un mejor desempeño de sus actividades diarias.

El Centro de Información Documental e Investigación Urbana (CIDIU) es una organización civil que desde hace un par de años, ha venido sistematizando información periodística sobre diferentes temas, particularmente aquellos relacionados con la problemática urbana y medioambiental.

Actualmente se procesan seis periódicos estatales, que registran la información más relevante de la zona norte, centro y sur de la entidad, así como dos diarios de circulación nacional.

Si una de sus necesidades es estar informado, no dude en llamarnos.

Para mayores informes dirigirse a: CIDIU: Nicolás Bravo #22, zona centro, C.P. 91000, Xalapa, Ver., Tel./Tax (91-281) 8-28-95.